

PABLO
CAMBRONERO PIQUERAS

Navegando por las fuentes de la batalla cultural.

LA DICTADURA DE LA APATÍA

«Esta batalla tiene consecuencias reales; cada uno de nosotros
tiene un papel que jugar en la lucha por nuestro futuro».



LA PROGRESIVA E IMPARABLE
DOMESTICACIÓN DE
OCCIDENTE

SEKOTIA

Pablo Cambronero Piqueras

LA DICTADURA DE LA APATÍA

*La progresiva e imparable
domesticación de Occidente*

SEKOTIA

© Pablo Cambroner Piqueras s, 2024
© del prólogo, Juan Carlos Girauta, 2024
© Editorial Almuzara, S.L., 2024

Primera edición: julio de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD
Editor: Humberto Pérez-Tomé Román

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 978-84-19979-33-9
Depósito legal: CO-1041-2024
Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

*A todos aquellos que son conscientes de que viven
en una dictadura, cada día menos silenciosa,
contra la que se revelan.*

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
LA DICTADURA DE LA APATÍA.....	15
EL IMPERIO DE LA APATÍA.....	19
LA CENSURA Y PROHIBICIÓN DE LA DUDA.....	25
LA MASA ABORREGADA. SU ORIGEN.....	31
ENSAYO	37
EL CONTROL DE LOS MEDIOS. EL RELATO	41
LA MEGAFABRICA WOKE.....	49
AUTÓMATAS.....	53
POBRES E IGNORANTES	57
DEPENDIENTES, ENFERMOS, ADICTOS.....	61
LA CÓMPLICE PERFECTA Y/O LA MEJOR COARTADA: LA GLOBALIZACIÓN	65
LA SUCURSAL ESPAÑA	69
LA OBSOLESCENCIA PROGRAMADA DE LA MODERACIÓN	79
LA DICTADURA DE LOS VOTOS.....	85
LA GUERRA CULTURAL	89
LAS BATALLAS DE LA GUERRA CULTURAL.....	93
EL PAPEL DE LAS ONG	121

LOS SINDICATOS	125
LA OBSOLESCENCIA PROGRAMADA.....	129
LA SEGUNDA GUERRA FRÍA.....	133
Y, AHORA, ¿QUÉ?	137
¿CÓMO SALIR DE MATRIX?.....	141

PRÓLOGO

Como habrá inferido el lector por el título, el autor está harto. Sería imposible que un hombre como Pablo Cambronero no se hartase de la apatía general. Eso sí, él es de los que, cuando se harta, escribe un libro. O sea, que se harta de manera constructiva, que es lo contrario a quejarse y no hacer nada. A mi amigo y excompañero de bancada parlamentaria le ha dado por mirar a su alrededor y se ha dado cuenta de la distancia sideral que separa a su idea de responsabilidad de la común, la del resto del mundo, empezando por los otros 349 ocupantes de escaños en la carrera de San Jerónimo con quienes compartió dos legislaturas. Lo interesante, aunque doloroso, vino en la segunda, la de su fructífero martirio.

En Cambronero se han dado dos circunstancias cuya coincidencia no puede resultar más significativa: es el único diputado de la anterior legislatura que ha pasado largo tiempo sin despacho propio y sin la mínima asistencia —teniendo que despachar y escribir en el bar del Parlamento— y, a la vez, es quien más ha trabajado, con diferencia. Si a alguien se le ocurriera introducir entre sus señorías algo parecido a unos mínimos de productividad, y esa productividad se fijara en la quinta parte de lo que él ha hecho, nadie la alcanzaría. Quizá habría que rebuscar en los archivos del siglo XIX —y ni así, sospecho— para dar con similar afán de control y supervisión del Ejecutivo.

El diputado paria había formado parte del grupo de Ciudadanos cuando alcanzó (alcanzamos) los 57 diputados, rozando al Partido Popular en número de votos. Sufrió (sufri-mos) el abandono de todos los medios de comunicación, empeñados en nuestra supuesta obligación de regalarle a Pedro Sánchez nuestros votos para su investidura, pese a la evidencia de que no los quería, y pese a haber alcanzado nosotros aquel notable resultado con un mensaje central de campaña que podría resumirse así: «No pactaremos con Pedro Sánchez». ¡Qué pandilla de cabrones! ¡Han cumplido su promesa! No infravaloren el papel de los medios, cuando se ponen a coincidir, a la hora de hacerle a usted creer lo contrario de lo que pensaba ayer. Cambronero formó parte del grupo de 10 diputados en que fue a parar un gran proyecto de regeneración de España. Se topó con un triste cambio de rumbo en el partido y consideró, acertadamente, que era su posición, y no la posición de la nueva dirigencia, la coherente con el programa de Ciudadanos, formación hoy extinta. En consecuencia, decidió mantener su escaño y recibió el peor trato que haya recibido un diputado en democracia, viéndose privado de su derecho a intervenir y a registrar y, como se ha dicho, hasta de mesa y lámpara. Pero, si alguien creyó que eso lo iba a desmotivar, es que no conocía la rectitud y la capacidad de sacrificio de Pau, inherente esta última, por cierto, a su profesión. De la ingente cantidad de preguntas que planteó al Gobierno en esa su segunda legislatura, y desde su insólito ostracismo, dará él cumplida cuenta en su momento.

Su experiencia, sumada a su interés por la cosa pública, más el lamentable estado del debate en el ágora, lo han llevado a conclusiones y propuestas que, pese al pesimismo que impregna su estilo, dejan ver una luz de confianza en la razón, en la democracia y en el futuro. Eso sí, siendo plenamente consciente de que, para seguir esa luz, para decir las cosas que la cultura política hegemónica no quiere oír, para plantear argumentos en vez de consignas, es preciso participar en la guerra cultural o batalla de las ideas. El autor se ha dotado del requisito imprescindible para

intervenir en los debates contemporáneos con alguna posibilidad de éxito, aunque sea remoto: identificar el problema, analizarlo, conocerlo. Y el problema es el cambio de la izquierda tradicional por el wokismo.

Con la izquierda tradicional se podía coincidir o no, pero sus planteamientos tendían a ser racionales y a buscar el contraste; no en balde, el marxismo en el que hundían sus raíces se había presentado en su día como el único socialismo científico. Lo que hoy se llama «izquierda» es, para empezar, lo contrario: una adhesión sentimentalista a causas que no soportan el intercambio de pareceres. La crítica es una agresión cuando viene de la derecha, y la agresión es una crítica cuando viene de la izquierda. Por eso a Vox lo califican de ultraderecha los wokes de todos los partidos y a los exetarras sin arrepentir los tienen por hombres de paz.

Ya no existe nada lejanamente parecido a una cosmovisión de izquierdas; existe un mosaico de causas fragmentarias que tienen en común, precisamente, ser profundamente reaccionarias, al punto de amenazar, de estar deteriorando seriamente, los fundamentos de la democracia liberal: libertad de expresión, presunción de inocencia, igualdad ante la ley, justicia independiente, proscripción de las leyes particulares, etc. Simplificando el tema, y sin faltar a la verdad, podríamos limitarnos a señalar que no existe democracia allá donde no es posible discrepar, defender tus ideas y —también— ofender. La izquierda cree que no existe un derecho a ofender, pero, para empezar, ese es un coste inevitable de la libertad de expresión, algo fundacional en democracia. Y, además, esa misma izquierda tan sensible no hace otra cosa que ofender a quienes se resisten al trágala, a quienes no aceptan la bondad de unas causitas que no admiten contrastes de pareceres; que solo exigen fe, algo más propio de la religión que del debate racional. Ello se debe a que esas causas operan, a menudo, como religiones de sustitución.

El propio concepto de lo «científico» es acientífico cuando lo invoca la izquierda, pues exige que te calles y no admite disidencias, arguyendo que existe un «consenso» respecto al tema

en cuestión; por ejemplo, el catastrofismo climático, el carácter antropogénico del calentamiento, la proximidad del apocalipsis... Pero la ciencia no se hace por consenso. Parece mentira que haya que recordar estas cosas. Sin embargo, es un deber hacerlo, a riesgo de que te cuelguen las etiquetas de rigor, que solo son un intento más intenso y coercitivo de que cierres la boca. La ciencia, entérense los gretos, se hace buscando y buscando el error en las teorías vigentes. Cuanto más resistan la falsación popperiana, más fuertes son. Cuán débil será el catastrofismo climático para no admitir contrastes ni discusión. Qué poco tendrá que ver con la ciencia y cuánto con la superstición.

Lo dicho sobre esta concreta causa sirve para todo el resto de teselas del mosaico woke. Me he ocupado del asunto por extenso en Sentimentales, ofendidos, mediocres y agresivos y me complace sobremanera que mi amigo y excompañero político Pablo Cambronero, desde otras vías, haya alcanzado algunas conclusiones similares; sobre todo en lo que hace a sus advertencias sobre el lenguaje, a no aceptar la terminología dominante, a no participar en debates trucados por esquemas mentales predeterminados y, en general, a no caer en el error del seguidismo, propio de una supuesta derecha que, de tan avergonzada como estaba de su naturaleza, ha mutado hasta convertirse en socialdemócrata. Hoy ocupa en España el respetable, discutible y rentable espacio que hace algunos años ocupaba el PSOE. Siga el lector la vía difícil, como Pablo Cambronero, o déjese llevar por quienes están preparando la penúltima utopía y por quienes lo consienten. Pero no olvide esto: cada vez que se ha tratado de materializar una utopía, ha acabado en catástrofe.

JUAN CARLOS GIRAUTA

LA DICTADURA DE LA APATÍA

Lo primero y principal es darles las gracias, queridos lectores. Si han llegado a abrir este pequeño trozo de mí, espero sinceramente que les resulte interesante lo que en él se contiene; si no les parece interesante, espero al menos hacerles reflexionar, que no es poca cosa.

Sí, queridos lectores, tengo que admitir con frustración que «nos la suda todo», y nos la suda fuerte. Mientras la cerveza siga disponible y lo suficientemente fría, el plato lleno (cada día más caro, menos saludable y más inaccesible), Netflix funcionando y nuestras «comodidades» intactas, no se atisbará ninguna reacción organizada más allá de un amargo «quejío» minoritario que no supuso, supone ni supondrá más que una puñalada en el agua, efímera e irrelevante.

¿Cómo demonios hemos llegado a vivir así? ¿Qué nos ha pasado para permanecer dóciles, maniatados y presos de un sistema idiotizante llamado «estado de bienestar»? Hay muchas explicaciones a este estado de dejadez, para esta frustración conformista generalizada, aceptada en nuestras psiques anestesiadas y estómagos agradecidos obturados de tóxicos generadores potenciales de enfermedad. Aquí intentaré ofrecer la mía.

No hay vocación pedagógica en esta pieza que comienzo aquí; lo que sí pretendo, con más o menos acierto (juzguen ustedes), es una pretensión de la búsqueda de una explicación plausible a un modelo social decadente y plagado de ejemplos de lo que se

puede llegar a conseguir dirigiendo a una masa social aborregada y esclava de las pantallas. Pretendo llegar, a través de la lógica que se extrae de la propia realidad vigente, a conocer y a que conozcan cómo hemos llegado a donde hoy estamos, usando la descripción libre de lo que nos rodea y de cómo vivimos. Imagino que, si leen completamente estas reflexiones, verán referencias claras a un filme que resume a la perfección la situación. Los invito a pensar cuál es, pero primero lean.

La situación de nuestra sociedad es alarmante; fíjense hasta dónde estamos llegando que podemos ver cómo padres de familia, que presumen en sus autómatas redes sociales del infinito amor que sienten por sus hijos, siguen asesinando económica y socialmente a sus vástagos sin pestañear ni dudar ni por una centésima de segundo de si lo que hacen, dicen y defienden hoy, basado todo ello en el seguidismo patológico de las políticas de los poderes fácticos, mejorará las vidas de sus descendientes en el futuro. Si lo pensáramos solo un poco, muy poco, veríamos con nitidez que, con nuestra docilidad galopante, estamos complicando enormemente la vida a nuestros hijos. Esta docilidad la van a pagar cara nuestros descendientes.

Dirigentes políticos totalmente vendidos a la autocracia de lo políticamente correcto, siendo conscientes (los hay también que no tienen conciencia de lo que defienden) de que gran parte de lo que sostienen solo tiene un claro objetivo de control de la población y del guiado social hacia comportamientos dóciles y, en no pocas ocasiones, absurdos y contradictorios con la más elemental de las lógicas. Nuestros actuales modelos sociales nacen presos de discursos en los que se establecen mantras carentes de cualquier fundamento científico indubitado; se promocionan arengas que, automáticamente, expulsan a quienes osen siquiera dudar de sus prerrogativas y dictan comportamientos que repetimos como autómatas. Y así nos luce el pelo, lánguidos, aburridos, mustios y sin muestras palpables de pasión más allá del generado por el deporte o de cualquier actividad que nos venga impuesta en cualquier pantalla por una secta excluyente y generalizada.

El título de esta pieza no necesita explicación; pretendo que se entienda perfectamente cuál es la situación y no creo que a estas alturas de la vida nadie ose a quitarme la razón en mi conclusión usando la lógica y la objetividad de la realidad: uno de los grandes males de la generación que poblamos el planeta (al menos, los privilegiados que vivimos en el primer mundo) es la apatía general, la desidia, la vagancia, la incapacidad crítica generalizada y siempre castigada. Tampoco se extrañen de que la palabra que más se contenga en este texto (donde se usa un marcado e intencionado lenguaje «coloquial») sea *woke*.

Woke es el sustantivo con el que se define (no en lo estrictamente gramatical, pues su significado poco tiene que ver con lo que representa en esta pieza) al movimiento que ha logrado con un éxito enorme extirpar la capacidad revolucionaria lógica social y encumbrar al olimpo de lo correcto a todos los victimismos que han sido capaces de crear. *Woke*, en inglés, significa ‘despertar’ y lo que pretende este movimiento económico y social es precisamente lo contrario: adormecer nuestro ardor guerrero contra un sistema putrefacto para poder dirigirnos como el dócil rebaño victimizado que hoy somos. Fíjense cómo el movimiento ha tomado un nombre que, de forma natural, invita a considerarlo una secta peligrosa. Piénsenlo y vean cómo suena al leerlo: «el despertar...».

Vivimos en «Wokelandia» y es necesario saber, o al menos tener una idea aproximada, de lo que puede acarrear nuestro sometimiento compulsivo. Cada uno de los capítulos de esta obra puede leerse en solitario; tienen sentido por sí mismos y en ellos se hace una descarnada descripción de la realidad, realidad que puedo ver por haber salido de Matrix, de haberme liberado de la sumisión que impone la secta mayoritaria *woke*. Leerlos todos pienso que equivale a tener una fotografía bastante nítida y libre de la situación que estamos viviendo.

El sometimiento como rasgo definitorio principal de nuestro comportamiento social nace de una obediencia ciega (o, más bien, esclavitud total) a diversos instrumentos que han resultado

notablemente eficaces como medios de control social. Hablo de las pantallas, del marco informativo institucional impuesto y de los amenazantes apocalipsis que nos mantienen atentos, en tensión y obedientes a cualquier salvador que sacie nuestro instinto de supervivencia.

Esta es una generación frágil, con la piel excesivamente fina y una alarmante capacidad de crear categorías victimológicas y discursos victimistas para que cualquiera pueda acogerse a los innumerables modos y formas de tutela que el Estado papá crea para generar dependencia. Si no la han visto —una recomendación más que apropiada—, vean la película *La vida de Bryan*, esa vetusta oda a la estupidez humana, estrenada en el año de mi nacimiento (allá por los setenta). Podrán comprobar cómo los discursos absurdos, con clara vocación humorística, hoy son realidades traídas a los ordenamientos jurídicos progres. Este es un pequeño ejemplo de la involución de nuestra sociedad.

Puede el lector analizar cada uno de los discursos consolidados, de los mantras usados y afianzados. Podrán descubrir **cómo** entes determinados y determinables han conseguido llegar y quedarse en su psique conduciendo su comportamiento y dirigiéndolos hacia el campo de lo que la secta ha establecido como políticamente correcto. Espero que sean capaces de descubrir, en estas discretas líneas, todo el sectarismo impuesto que domina sus vidas.

Lean, si gustan; acompañenme en estas reflexiones que, si han adquirido esta pieza con mis cavilaciones, creo que compartirán en gran medida. Mis conclusiones son solo mías, aunque espero que pronto sean mayoritarias, por nuestro bien.

Eso sí, recuerden algo siempre: si no saben dónde están en esta guerra cultural o desconocen hasta que esta guerra está activa y en plena ebullición, es porque están con el enemigo. Reflexionen...

EL IMPERIO DE LA APATÍA

Tengo que comenzar dejando claro que estuve en política activa al mayor nivel estatal posible; formé parte de ese grupo de personas que, habiendo obtenido y ostentando el privilegio de representar a sus semejantes en la principal cámara legislativa de las Cortes Españolas, desaprovechan este privilegio permaneciendo fieles a partidos que anulan su capacidad crítica y los convierten en meros pulsadores de botones con capacidad para poco más, pero, en mi caso, solo estuve anulado y dócil a un partido político dos años; tuve la suerte (no carente de arrojo) de tener otros dos años representando a los ciudadanos sin el yugo y el lastre que supone pertenecer a un partido político y el sectarismo que se destila en esas organizaciones empresariales.

Los políticos (esa raza indeterminada y siempre criticada) tienen en sus manos la oportunidad de cambiar la sociedad, de convertirse en los héroes que saquen al pueblo de su adormecimiento mental e ideológico fomentando la meritocracia, el progreso y convirtiéndose en la legítima solución a los problemas de la sociedad, pero están más ocupados en su propia supervivencia en esa burbuja de poder. Los «políticos de partido» pagan gustosos condenas a penas de cadena perpetua que sufren por su pertenencia y dependencia a proyectos políticos sectarios. También están presos del propio y efímero bienestar que les generan artificialmente esas rentabilísimas empresas llamadas «partidos políticos».

Quienes hemos participado en política con una mente abierta (y un comportamiento libre) quizá hemos podido ser más conscientes de que, hace muchos años, se consolidó entre quienes dirigían naciones una corriente interesadamente pueril que dividía salomónicamente lo correcto de lo incorrecto, lo sano de lo insano; en definitiva, el bien del mal. Quizá lo peor de todo sea que la pretensión antaño ingenua de los dirigentes mundiales (en su inmensa mayoría de izquierda) ha terminado imponiéndose por incomparencia del rival; es decir, quienes tenían encargada la defensa de la lógica, de los postulados de la ciencia y la enriquecedora capacidad de dudar del ser humano no han planteado ningún tipo de batalla, o lo están haciendo demasiado tarde. Es más: hasta ellos se vendieron a la dictadura de lo políticamente correcto, a la autocracia establecida por la izquierda, y mamaron de esa diosa ramera llamada ideología *woke*, saciando sus voraces apetitos económicos y sus infinitas ansias de poder con las migajas que dejan los franquiciados de esta secta. Tristemente, muchos de quienes tenían el encargo ideológico de luchar contra las ideas sectarias han sucumbido a ellas y se han entregado a los placeres que les otorgan las multitudinarias pitanzas que organiza la secta *woke*.

Este análisis inicial debe conducirnos, necesariamente (al menos a mí me dirige), hacia el más profundo de los pesimismos. El sistema establecido funciona, y funciona bien para sí mismo. Ha costado muchos años establecer los dogmas de una corriente ideológica excluyente capaz de convertir la ciencia en otro instrumento más al servicio del régimen. Muchos, como Agustín Laje, en su obra *La batalla cultural*, han intentado analizar objetivamente la situación y generar la chispa para que quienes dudamos, los que tenemos espíritu crítico y quienes pensamos con libertad luchemos contra esta dictadura moral. Pero me temo que no es precipitado afirmar que la batalla está perdida en la mayoría de los campos.

Se han creado y sentado como verdades universales dogmas, como mínimo, dudosos. El enemigo tiene su estrategia tan

desarrollada que hasta le ha dado para crear su propia forma de hablar, su propio y nuevo idioma; que, por supuesto, es excluyente con cualquier otro. Está firmemente establecido un muro moral infranqueable contra todo aquel que ose alzarse contra sus postulados; el rebelde, automáticamente, pasará a ser incluido en la cada vez más amplia bolsa de fascistas y terribles locos negacionistas.

Es evidente que este movimiento mundial ha sido creado desde postulados de la izquierda, como ya dije anteriormente, pero lo realmente preocupante es la actitud de la derecha de comprar compulsivamente y por inercia estos inamovibles y absurdos postulados. La derecha ha comprado los argumentos victimistas *woke* y ha interiorizado su papel de verdugo hasta el punto de pedir perdón por situaciones (reales o inventadas) que les imputa la izquierda dominante. A tal punto ha llegado la situación que se ha llegado a establecer una «agenda» con un cercano límite temporal para eliminar cualquier sombra de oposición a sus ya divinos designios, y ¡pobre de aquel que ose oponerse a esa agenda!

«Agenda 2030» la han llamado. En ella se establecen y se consolidan cuidadosa y pormenorizadamente todos y cada uno de los mantras que se han impuesto para que nuestras vidas (les) resulten provechosas. La Agenda 2030 ha sido ideada por la izquierda progre con un claro objetivo de mover la ventana de Overton hacia el lugar deseado, que es la consolidación de los postulados *woke* como verdades universales.

Hago una pequeña parada en este punto para hacer una brevísima definición de lo que es y supone la teoría de la ventana de Overton, que ha sido aprovechada como nadie por la ideología que condeno en esta pieza. Overton, estudioso de la filosofía política fáctica, vio con nitidez que el clima público con respecto a determinadas políticas era mucho más relevante (medido todo en número de votos) que lo que el propio político podía pensar como mejor para el pueblo, incluso que lo que el propio pueblo piense mayoritariamente. Siendo así, se estableció un rango jerárquico en forma de grados de aceptación de determinados mantras a los que los propios políticos se amoldaban para generar empatía y,

sobre todo, capacidad de atracción electoral. Una vez terminen la lectura de esta pieza, podrán comprobar cómo se han establecido con arreglo a esta categorización de ideas o situaciones las grandes ideas que hoy se erigen como normas absolutas por las que cualquiera que las obvie renuncia automáticamente a ostentar cargo público representativo. Fíjense en este ejemplo y trasládenlo a los temas que hoy son ley y ayer eran terribles acontecimientos.

Coincidirán conmigo en que el incesto es absolutamente condenable, delito que puede y debe provocar las peores condenas posibles que tiene a su disposición el *ius puniendi* del Estado. Pues bien, imaginen que un grupo o colectivo de cualquier tipo pretende que el incesto pueda ser contemplado como un derecho. Las fases de la ventana de Overton se pondrían a funcionar. En una primera fase, algo que resultaría impensable, condenable e incluso antinatural, aparece ya como radical, como digna de estudio para «ver sus razonamientos». En una segunda fase, estos informes mostrarían que el incesto podría ser aceptable bajo las premisas que pudieran resultar menos «dolorosas» a la sociedad. En la tercera fase, el incesto perdería este nombre, pues está asociado a algo tradicionalmente horrible, y podría ser denominado como «relación afectuosa familiar». A partir de ahí, se podría hacer incluso popular este término para defender el incesto como algo sensato y coherente. En una última etapa de la ventana de Overton, el incesto, ya desprovisto de cualquier rasgo negativo, pasaría a incluirse en el debate político y en el jurídico como algo para regular y fomentar. Así funciona este sistema, y seguro que coincidirán conmigo que lo estamos viendo hoy día institucionalizado en la Moncloa.

Pero, recuperando el hilo del capítulo, llego a la conclusión preliminar de que hay una cosa clara: estamos perdiendo la batalla por pura desidia, por apatía galopante, por inasistencia voluntaria e injustificada, aunque plenamente entendible por el fomento de la frustración individual y colectiva desde las propias instituciones. La reacción ya no puede ser políticamente correcta, pues es jugar en casa del contrario y es una auténtica ratonera. No

tenemos las armas para luchar de igual a igual contra dependientes y estómagos agradecidos de un sistema autocrático que no hace prisioneros, pero es peor vivir de rodillas que morir de pie.

Desgana, indolencia, incluso pereza que desemboca en la más cutre vagancia social generalizada. Esa es la norma de comportamiento necesaria (y plenamente vigente) para dirigir a la masa hacia comportamientos queridos y deseados por quienes se aprovechan de ese aborregamiento general. Y está funcionando, eso sí, con conatos de rebeldía minoritarios pero cada vez más populares. Ahí me ubico.

Estamos viviendo en una dictadura: algunos somos conscientes; ello nos obliga a reaccionar con lo que tengamos y siempre iluminados por el sentido común, que ha sido salvajemente erradicado de nuestra cotidianidad. Sean plenamente conscientes de que, en el imperio de la apatía, se pone el sol únicamente por oriente.

LA CENSURA Y PROHIBICIÓN DE LA DUDA

Pero retomo la pregunta inicial: «¿Cómo hemos llegado a esta indolencia, a esta incapacidad general para pensar, dudar o ser críticos?». La respuesta es odiosamente sencilla: «Hemos transitado todos estos años (los últimos treinta) por la senda marcada por la comodidad del llamado “estado de bienestar”». La sociedad, gracias a ese estado, se ha acomodado en las certezas, en los derechos consolidados y exigibles que otorga un Estado tutor. Este modo de gobierno suministra periódicamente pequeños premios que pretenden cronificar el adormecimiento social; ese adormecimiento supone ya un letargo que ya es cuasi irreversible. Podríamos decir que no hay beso de príncipe que nos despierte de este veneno inoculado y heredado por varias generaciones que, sin temor a errar, podemos considerar perdidas.

Si abrimos un grifo, sale una pequeña cascada uniforme de H₂O que cae infinitamente delante de nuestras narices y hasta que a nosotros nos da la gana. Nos importa exactamente cero todo lo que tiene que pasar para que salga agua potable por ese conducto; solo nos empieza a importar cuando cortan el suministro por cualquier causa (ya nos anuncian que será por el manoseado cambio climático). Así somos: nos importan las cosas cuando las perdemos y es evidente que comenzamos a ver las primeras pérdidas de derechos provocados por una ideología autocrática que

por fascículos nos va a devolver al Medioevo. ¿Creen que pecho de apocalíptico? Lo ven y verán con sus propios ojos y lo sufrirán en sus propias carnes, en sus propias familias, en su propio estado de bienestar que cada día será más incómodo.

Pues, en esta tesitura de pérdidas, hemos renunciado inconscientemente a un derecho fundamental que pocos reconocen como tal: el derecho a dudar, a ser críticos, a verbalizar esas dudas y a cuestionar las directrices que nos están imponiendo personas mucho más torpes que nosotros. Quienes se cuestionan hechos ya confirmados por el régimen mundial *woke* son directamente dirigidos a la papelera de reciclaje llamada «mundo fascista» o «fachosfera» (término este último rescatado por el presidente del Gobierno español socialista Pedro Sánchez, firme representante del *wokismo* actual en nuestro país). Es prácticamente imposible manifestar en público dudas sobre el arrebuñado cambio climático, la ideología de género, el mismo proceder del líder todopoderoso u otros mantras sectarios elevados a verdades universales en este régimen totalitario.

Pero ¿qué se esconde detrás de toda esta ideología y sectarismo adoctrinante? Es evidente que todo comportamiento humano tiene un objetivo determinado y determinable. Partiendo de esa base, es evidente que establecer intencionadamente la veracidad e inmutabilidad de ciertas ideas conduce a generar comportamientos conformistas en el pueblo. Esas conductas dóciles y conformistas, ya generalizadas, provocan y crean tremendas oportunidades para quienes ostentan temporalmente la batuta de lo público. Sin duda todo es por dinero, por poder y por autosatisfacción de unos egos que se han vuelto insaciables.

Miren, si se distribuye, consolida y ejecuta la idea de que los «políticos» (entendido el sustantivo como definitorio de seres inhumanos pertenecientes a una raza humana propia y diferente de cualquier otra) son el demonio, se llegará a un punto en que ya una sociedad como la nuestra, adormecida y sin ardor guerrero, considere un «mal necesario» a la casta política y tolerará a esos representantes del maligno en la tierra hasta el punto de elegir-

los y hasta defenderlos en nuestras casas, calles, pueblos y ciudades. Tolerancia patológica a «esa maldad». Esos demonios mantienen la cerveza fría y la tele funcionando; así que son perversos, diabólicos, odiables, pero necesarios para nuestras infantilizadas necesidades. En definitiva, ya son inevitables y, por ello, toleradas todas sus acciones, sean justas o injustas, o hasta delictivas. Y eso es lo que está pasando.

Si se distribuye y consolida la idea de que el cambio climático es una realidad indudable cuyos cuasi irreversibles daños dependen exclusivamente de la acción del hombre, se llegará a un punto en que será descartada, condenada y silenciada la ciencia que demuestre lo contrario, o incluso penado, enviado al ostracismo y el escarnio público a quien se atreva a dudar de tanto la existencia del cambio climático como de sus causas ajenas a la actividad vital humana. Esta idea de la culpabilidad humana del cambio climático está más que consolidada e integrada en las psiques de todos quienes moramos este planeta y se está usando compulsivamente para dirigir nuestro comportamiento hacia fines que poco tienen que ver con evitar un fenómeno que, dicho sea de paso, es cíclico (miren atrás en la historia, cuando los humanos no éramos tan «decisivos»). Pero eso es lo que está pasando.

Si se distribuye, consolida y ejecuta la idea de que es bueno y útil legislar diferente o diferenciar derechos y obligaciones por razón del sexo, se llegará a un punto en que este mantra se mantendrá inmutable confeccionando cantidades crecientes de normativa manifiestamente inconstitucional, ostensiblemente injusta y ello se producirá incluso aunque las cifras de maltrato, de asesinatos y de situaciones de violencia sexual contra la mujer aumenten en cantidad y entidad. Nadie osa condenar políticas que llevan el apellido «de género», y ello a pesar de su manifiesta inutilidad. Y eso es lo que está pasando.

Si se distribuye, consolida y ejecuta la idea de que el Estado tiene que ser intervencionista máximo para supuestamente garantizar la estabilidad económica de la ciudadanía, se llegará a un punto en que se nacionalicen empresas y se convierta al aparato guber-

namental en un lastre incapaz de gestionar con coherencia y solvencia la economía de dichas empresas y, por ende, la del país. El Estado será el propietario de todo, y personas sin capacidad acreditada gestionarán la cantidad y calidad de nuestras capacidades económicas y sociales. Solo existirá una manera de vivir: la que proporcione el Estado en forma de ayuda, o más bien de limosna saciante. La ruina está garantizada. Esto se podría integrar en la peor versión del comunismo teórico y práctico. Y eso es lo que está pasando.

No cabe duda y, si cabe, solo puede haber en nuestro fuero interno. Jamás oses manifestar tus dudas en público sobre cualquier verdad universal que se establezca; ello te convertirá automáticamente en un fascista negacionista enemigo público de la evolución humana. Nos intentan integrar violentamente en el conformismo, en la docilidad, en la involución de nuestras mentes hacia el automatismo obediente, y todo a cambio de unas migajas públicas que sacian nuestro cada vez menos voraz apetito ideológico.

A modo de ejemplo, y sin vocación pedagógica alguna y mucho menos ejemplificante, expongo mi caso personal. Yo tuve el privilegio de representar a miles de españoles que, a través del partido político Ciudadanos (el de Albert Rivera), me dieron su confianza en Sevilla y llegué al Congreso de los Diputados. Incluso en una organización humana como puede ser un grupo parlamentario de 10 personas se impone una jerarquía, unos comportamientos inamovibles que no incluyen dudar como facultad válida de cada uno de sus miembros. Pero no fui dócil, dudé de todas y cada una de las decisiones que se nos imponían desde una dirección que ya en su propia composición generaba las más profundas e intensas dudas. Cuando te integras en una organización y casi desde su origen, eres consciente de que no está gobernada por los mejores, es difícil ser obediente ante decisiones que, por otro lado, dejaban atrás la más elemental lógica y el objetivo prometido de mejorar la vida de los ciudadanos.

Y terminé rompiendo la baraja. A pesar de las notables presiones, me mantuve férreo en mis convicciones que, por otro lado, pensaba claramente que eran la de los votantes que confiaron en Ciudadanos a través de mi persona. Me fui al Grupo Mixto, que viene siendo como convertirte en enemigo de todos los grupos parlamentarios, enemigo del propio sistema. Así sufrí las consecuencias de no ajustarme a los designios impuestos por la curia parlamentaria. Me convertí, de la noche a la mañana, en un paria, insultado y vejado por todos los medios de comunicación que me llamaban todo tipo de adjetivos: «tránsfuga», «díscolo» y apelativos mucho menos «educados». Se llegó al punto de silenciarme en la Cámara, prohibiéndome intervenir, registrar iniciativas y hacer el trabajo representativo reconocido como derecho fundamental en la propia Constitución y por el que cobraba. ¿Y todo por qué? Por dudar y actuar conforme a mi propio pensamiento, enfrentándome frontalmente al sistema, poniendo en jaque la dinámica antijurídica de la principal cámara legislativa de las Cortes Generales. Pero mi caso no ha sido una excepción, desgraciadamente.

Estamos profundamente idiotizados, algunos lo sabemos y, salvo alguna leve escaramuza, no reaccionamos por miedo al ostracismo social que necesariamente se deriva de la verbalización de estas dudas. Ello nos convierte automáticamente en cómplices. Puede entenderse el porqué de ese *shock* que nos impide reaccionar usando una normativa social que condena a todo aquel que censura cualquier mantra establecido, que nos envía al ostracismo social, y puede entenderse desde el miedo a ser el «diferente», el «aislado», el «paria». Es muy duro estar solo, pero es mucho mejor que estar mal acompañado.